

A ISABEL LÓPEZ GÓRRIZ

Juan M. Batalloso¹

Hay días tristes en los que el sol se esconde para llorar sin que le vean. Otras veces las sensaciones que tenemos al comenzar nuestra jornada son de cansancio y hastío porque la carga que nos parecía ayer liviana, hoy se nos presenta pesada y agotadora. Estos son tristes días porque tomas conciencia de que todo es incierto, fugaz e impermanente. Y sin embargo hay una categoría más en las que el nivel de tristeza penetra en tu alma y ya no te abandona hasta bien pasadas las amargas horas del amargo sabor de tu miedo. Son los tristes días tristes en los que tu lucha por encontrar el sentido de lo vivo es cortado de raíz por el manotazo helado de la muerte.

¿Es la muerte la gran igualadora? ¿Me sirve su presencia para advertirme que debo mirar más acá, más cerca, con más proximidad a lo que sucede aquí y en mí? ¿O acaso me señala que debo mirar más allá si es que quiero construir sentidos a lo provisorio descubriendo que todos los futuros son imperfectos? Sin embargo cuando la presencia de la muerte y su noticia me llega como hoy me ha llegado, me enloquece, me solivianta, me rebela y "*a dentelladas secas y calientes*" (Miguel Hernández) quisiera pelear con coraje y valentía restaurando un eterno comienzo de lo que nunca debe terminar. Pero también, paradójicamente su presencia me conforma, me recoge y me serena, aunque sienta tristes momentos tristes que vagan sin cesar llenos de sinsentido y soledad.

Ella era. ¿Cómo puedo decirla en pasado cuando todavía la recuerdo sonriendo y dándome toda clase ánimos para continuar en la que ahora veo como una inútil lucha por lo efímero? ¿Cómo es posible que esta valiente y apasionada mujer que crecía y crecía a partir de un infatigable proceso de autoconocimiento ya no esté entre nosotros? ¿Vale realmente la pena arriesgar tanto cuando sabemos que nuestro destino es incierto y mortal? ¿Por qué las mujeres tienen que trabajar y demostrar el doble en esta civilización mercantil y patriarcal? ¿Tiene sentido preguntarse por qué? ¿Acaso la muerte tiene "por qué"?

Y ahora vendrán epitafios, con miseraciones, pésames y ese cantar de excelencias que nunca se hacen en vida a los que mueren. Pero lo cierto es que tengo el privilegio de disfrutar de tres grandes regalos que ella me concedía siempre: su sonrisa, su ánimo y ese saber ver más allá de lo escrito y de lo dicho que solamente las madres, mujeres y maestras tienen la capacidad para concretar en intuiciones, creaciones y realizaciones.

Prefiero entonces decir "ella es" porque Isabel está aquí presente en la red intangible que se teje a partir de lo positivo, esperanzado y alegre en infinito mestizaje con lo sutil, espiritual y numinoso, mestizaje e hibridación que se condensa en telas de amor y abrigo, de cariño y calor que nos ayudan a aceptar que somos seres incompletos, contingentes e incluso ridículos, sobre todo cuando creemos que podemos realmente construir un futuro previsible con mimbres inciertos e indeterminados.

"Ella es" la mujer que para mí encarna la imperiosa necesidad de comprendernos como seres humanos y de manifestarnos desde la autenticidad que nos otorga la ausencia de máscaras. Porque Isabel, tal y como yo la veo es una mujer clara y directa, que siempre te proporciona la oportunidad, el espacio, el momento y el clima para dialogar e integrar aprendizajes. Particularmente, dada su formación y las semejanzas con otra de las profesoras no suficientemente reconocidas (Pilar Vázquez Labourdette), de Isabel recibí de una forma nueva aquellos elementos de la pedagogía institucional, de la dinámica de grupos, del trabajo

¹ Alumno de Isabel y compañero en el Instituto Paulo Freire de España.

autónomo, autoformativo y cooperativo que en los años setenta aprendimos de Freinet, Lobrot y Lapassade. Siempre recuerdo las ocasiones en las que me decía a veces con una insistencia apasionada que para la investigación existencial “*hay que ser capaz de llegar a las tripas*” y esto únicamente lo podía hacer las personas sinceras y valientes. Y realmente ahora comprendo que la vida no tiene sentido sin el coraje de saber desaprender aquello que nos impide ser más coherentes, honestos y transparentes.

Hoy están aquí presentes todos los recuerdos de nuestros encuentros en el trabajo de la organización a la que pertenecemos, el Instituto Paulo Freire de España, estando vivos en mí, su responsabilidad, autoexigencia, compañerismo y necesidad permanente de compartir y dialogar todo lo que hacíamos, porque Isabel, además de una profesora que apuesta siempre por la innovación y el compromiso ético, político y social, es sobre todo un persona sencilla, cercana y siempre dispuesta a escuchar e incluso a integrar discrepancias.

Pero no quisiera terminar este breve testimonio de gratitud y recuerdo emocionado, sin decir que Isabel es la persona que siempre apostó por la recuperación del valor de lo humano, del valor de la vida partiendo siempre de una actitud abierta y generosa, actitud que me mostró en la atención, el cuidado, la ayuda y el reconocimiento que prestó a mis trabajos y por esto nunca podré olvidar la gran acogida que siempre recibí de ella.

Todo cambia, todo se mueve y no hay nada vivo que no se alimente de un interminable proceso de entropía que es negada en su constitución por intercambios misteriosos de materia, energía e información, por eso tenemos que seguir pegados a nuestra piel sabiendo que la muerte no podrá nunca triunfar sobre la vida ya que nuestra piel no es más que una membrana que nos permite aprender sin tregua en conexiones interminables y rizomáticas con los otros y lo otro. Por eso con toda humildad, debemos sencillamente rezar, meditar y llorar la pérdida de Isabel, sabiendo con Tagore que toda educadora, todo educador es en realidad una jardinera, un jardinero, cuya misión no es más que hacer posible que existan condiciones para que podamos gozar de las más bellas flores que la naturaleza nos ofrece. Canta entonces conmigo, porque Isabel sigue aquí presente en nuestro corazón

ALÉGRATE HERMANO, NADA ES ETERNO

También otros soportaron el antiguo peso de la vida, y otros hicieron también este largo viaje.

Un poeta no puede cantar siempre la misma canción antigua.

La flor se mustia y muere, pero quien la llevaba no ha de llorar siempre su suerte.

Hermano, tenlo presente en tu corazón y alégrate.

Es preciso un gran silencio para ensayar una perfecta armonía.

Cuando se pone el sol la vida declina y se pierde en las doradas sombras.

El amor debe abandonar sus juegos para apurar la copa del dolor y renacer en el cielo de las lágrimas.

Hermano, tenlo presente en tu corazón y alégrate.

Nos apresuramos a recoger nuestras flores, temiendo que se las lleve el viento.

Apoderarnos de un beso que se desvanecería en la espera enciende nuestra sangre y aviva la mirada.

Nuestra vida es intensa y nuestros deseos fervientes, pues suena en el tiempo la campana de la separación.

Hermano, tenlo presente en tu corazón y alégrate.

La belleza nos es dulce, porque su ligero ritmo es el mismo que el de nuestra vida.

La sabiduría nos es preciosa, porque nunca conseguiremos poseer la ciencia suprema. Todo se hace y acaba en la Eternidad.

Pero las flores terrenales de la ilusión conservan con la muerte su eterna lozanía.

Hermano, tenlo presente en tu corazón y alégrate.

Rabindranath Tagore (1861-1941) “El Jardinero”